

¿ESTAMOS OBLIGADOS A CONSTRUIR UNA SOCIEDAD DEL MALESTAR?

Eugenio Ortega Riquelme
Julio, 1998.

En Marzo de este año el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) entregó el Informe "Desarrollo Humano de Chile 1998. Las Paradojas de la Modernización". Estos Informes se ponen a disposición de la sociedad chilena como una invitación al diálogo sobre los desafíos que tiene el país en el futuro. Las ideas contenidas en estas páginas, son reflexiones personales sobre las implicancias que las ideas vertidas en ese Informe tienen para los debates que se han producido en el último tiempo acerca de los desafíos actuales de la sociedad. Lo aquí expresado en nada compromete al PNUD*.

La tesis central de este escrito es que no cualquier "modernización" se orienta en el sentido del Desarrollo Humano. La "modernización" - como la historia - no tiene una teleología, es decir, no está teleguiada en forma natural y automática hacia un fin que podamos considerar "el buen fin" o "el buen orden". No existe un orden que se crea a través de un mecanismo invisible ajeno a la deliberación social. Como vivimos en un mundo plural, el desarrollo y el sentido de una transformación que llamamos "modernización", debe encontrarse en la convivencia razonada y reflexiva de hombres y mujeres constituidos en ciudadanos.

La modernización a su vez no puede, según mi punto de vista, estar desprovista de contenidos valóricos como la solidaridad, el sentido de comunidad, la dignidad de las personas, el respeto a su libertad y el carácter de sujetos del proceso histórico.

Por ello, el problema de Chile es más complejo que la mera receta para crecer sostenidamente. Si bien esta es una condición necesaria e irrenunciable, la manera como la sociedad se involucra en ese proceso y como participa de sus resultados, es tan importante como el hecho mismo de crecer. El Informe de Desarrollo Humano de Chile 1998, muestra que en todos los ámbitos del quehacer social es posible lograr una mayor comprensión y espacio para las aspiraciones de las personas. Esto no significa "frenar" la modernización. Por el contrario, significa potenciarla ya que en la complementariedad entre modernización y subjetividad está la clave del círculo virtuoso del Desarrollo Humano.

La modernidad se caracteriza por la reflexividad de los sujetos y su capacidad crítica; su impulso al cambio, su igualdad esencial y su afirmación de la libertad formal y real para todos. Imbuidos de esa modernidad y en el espacio que la libertad nos brinda, debemos generar las conversaciones y debates que nos permitan persuadir y acordar. Discernir el contenido y la forma de los cambios que la gente demanda será uno de los principales dilemas de nuestro futuro. Conducir ese proceso, es la tarea ineludible de la política.

Es esta actividad la llamada a ordenar fines y medios. Debe ser capaz de orientar y gestionar los asuntos públicos - desde lo local hasta lo global - con la consideración y la participación de los sujetos, es decir de la

ciudadanía. La política, quizás más que nunca, debe saber construir confianza. Como lo señala Anthony Giddens "las actitudes de confianza en relación con situaciones, personas o sistemas concretos y en otros niveles más generales, están directamente vinculadas a la seguridad psicológica de individuos y grupos. Confianza y seguridad, riesgo y peligro, existen en combinaciones diversas e históricamente singulares en condiciones de modernidad (1)." La política es la llamada a cumplir este papel clave para el futuro de Chile, como es definir las combinaciones históricamente convenientes para la estabilidad y sustentabilidad de nuestro desarrollo y nuestra democracia.

Cuatro son los capítulos en que se divide este escrito: el primero trata de subrayar la necesidad de hacer transparente nuestra realidad social y pone de relieve el debate surgido sobre la existencia o no de un difuso "malestar" en la sociedad chilena. El segundo reflexiona sobre algunas de las tesis fundamentales del Informe de Desarrollo Humano del PNUD que parecen poco analizados en los comentarios o críticas que se han hecho sobre dicho Informe. En el tercer capítulo se trata de discutir algunas visiones o propuestas que han marcado el debate político-intelectual de las últimas semanas y que pueden ayudar a hacer luz sobre nuestras decisiones y programas para el futuro. El cuarto contiene lo que considero son mis diferencias fundamentales con algunas afirmaciones de José Joaquín Brunner.

I.- ¿Existe malestar en la sociedad?

Descifrar nuestra realidad

Las propuestas políticas sobre el futuro de Chile requieren, para su formulación, descifrar la actual realidad social del país. Hacer esto resulta cada vez más difícil ya que la modernización ha introducido nuevas complejidades y los códigos de interpretación han quedado en parte desfasados de los fenómenos sociales. Los códigos históricos o la mera lectura de la sociedad a partir de un "deber ser", es decir desde una ética social, no dan cuenta de la realidad que viven los chilenos en un mundo globalizado, profundamente cambiante y en permanente ebullición.

La primera paradoja que vivimos, es que a pesar de contar con más y mejores estadísticas o con una masiva información, la realidad pareciera hacérsenos más opaca. Esta opacidad de la sociedad muchas veces obstaculiza mirar con claridad el largo plazo y el sentido o rumbo que lleva el país que estamos construyendo. Así se hace más difícil el control y la orientación de los procesos sociales y menos lúcida la capacidad para prever las consecuencias de muchas políticas modernizadoras en una temporalidad distinta de la coyuntural.

Como señala Douglas North, premio Nobel de Economía 1993, mientras más grande sea la brecha entre las competencias de las personas para descifrar los problemas y la dificultad de seleccionar la mejor alternativa, más grande será la incertidumbre y la posibilidad de dar respuestas inadecuadas. Para contrarrestar esta opacidad es indispensable promover investigación, diálogos y capacidad de interactuar entre personas de distintas perspectivas de análisis.

Esta penumbra en que se desarrollan los fenómenos sociales, en especial la

vida cotidiana de las familias chilenas, deja en cierta forma descolocados, no sólo a los ciudadanos, sino también a los dirigentes, especialmente a los políticos y a la política en general.

Junto a lo anterior, muchas veces tampoco sabemos conversar sobre lo que nos pasa. La sociedad se vuelve opaca para sus actores. Un ejemplo de esto es el debate que se ha suscitado sobre la existencia o no de un "malestar social" o de un desajuste entre la subjetividad de las personas y la modernización acelerada de nuestros sistemas funcionales.

Es importante que exista un debate sobre estas nuevas y complejas realidades sociales. No existen verdades oficiales sobre el acontecer social. Más aún, no sería sano para nuestra convivencia que no hiciéramos un esfuerzo por lograr transparencia sobre diferentes realidades económicas, políticas, sociales y culturales cuando se avecina, no sólo un nuevo gobierno sino un nuevo siglo.

En una sociedad plural como la chilena sólo la reflexión y el diálogo, no las descalificaciones, posibilitan hacer claridad sobre las complejas interioridades de nuestra sociedad.

La memoria histórica

En este contexto, como el porvenir es oscuro o confuso, el pasado cobra aún más importancia porque estructura, para algunos, la interpretación del presente. La memoria histórica pasa a tener especial relevancia tanto en la evaluación de las contingencias de la vida personal y social como en la proyección del futuro. Distintas son, por ejemplo, las valoraciones del proceso de modernización llevado a cabo durante el régimen autoritario. Unos ponen de relieve su carácter compulsivo. Otros valoran su éxito en implementar una economía capitalista de mercado. Ese pasado, de alguna manera, se hace presente en la configuración de la mirada sobre los acontecimientos actuales. No es indiferente para ambos la legitimidad o ilegitimidad originaria del actual proceso de modernización.

En otros casos, hay quienes consideran que es poco lo rescatable del pasado chileno y menos de las ideologías en las cuales se fundamentaron sus orientaciones políticas. El escepticismo se introduce en muchos espíritus. Para el escéptico, la única actitud posible es seguir el curso de la historia con pocas posibilidades de cambiarla o conducirla. Pero, como dice un refrán alemán "sólo los peces muertos nadan a favor de la corriente". La historia se encarga de abrirnos oportunidades a la innovación y al cambio. Aún en los regímenes más totalitarios se generan espacios y circunstancias para que los ciudadanos se hagan cargo de su destino.

La política y sus propuestas de futuro

Por lo anterior, la política no puede abdicar a cumplir uno de sus más importantes roles como es el de las finalidades. Ello implica generar propuestas para el futuro que creen sentido. Y que, para no ser voluntaristas o desfasadas de la realidad, requieren de transparencia o legibilidad de las nuevas vivencias y situaciones de la sociedad y en especial de la vida cotidiana de la gente.

El Informe del PNUD, nos parece que hace un aporte en este sentido. El enfoque del "Desarrollo Humano Sustentable" puede ayudar a proyectar un

horizonte normativo y valórico para los escépticos. Al mismo tiempo, ayuda a constituir una mirada analítica sobre la realidad económica, social, política y cultural, para los que piden realismo. Es, en definitiva, una oferta que puede servir a aquella política y a aquellos políticos que no se rinden ante los grandes desafíos y complejidades de la sociedad moderna.

Para los tiempos que vivimos es una obligación ética, intelectual y política de primer orden el activar una revisión de nuestras categorías de análisis. Tratar de comprender mejor la sociedad. Volver a pensar nuestros objetivos y, aunque sea por un momento, poner en duda muchas de nuestras conclusiones o visiones de la realidad. En definitiva, dar curso a un elemento clave de la llamada modernidad como es el sentido de la autocrítica.

Ciertamente el actual éxito de Chile constituye una nueva base desde la cual ejercer la crítica social. No se trata de discutir acerca de lo que se ha logrado, porque es indesmentible. Podríamos escribir largas páginas sobre los logros de los dos gobiernos de la Concertación. De lo que se trata en esta hora es asumir responsablemente dichos logros como el piso para enfrentar los nuevos desafíos que esos éxitos nos imponen. La política debe ser capaz de elaborar propuestas de futuro sin descuidar la estabilidad de los resultados alcanzados. Para ello se requiere definir criterios de discernimiento entre la continuidad y el cambio.

¿Existe malestar en la sociedad chilena?

Diferentes escritos desde hace algunos años han puesto de relieve el tema del malestar en la sociedad chilena. Entre los primeros en hacerlo (1994) encontramos a José Joaquín Brunner en su libro *Bienvenidos a la Modernidad*. Para él, una de las mayores contradicciones "del capitalismo desarrollado reside en que... ha dado lugar a sociedades de malestar" Y nosotros los chilenos, se pregunta el mismo autor, ¿"estamos obligados a terminar construyendo una "sociedad del malestar"?(2)

En el Mensaje al Congreso Nacional de 1995 el Presidente Frei afirma lo siguiente: "Al recorrer Chile, al escuchar a mis compatriotas de las más diversas condiciones recibo reiteradas preguntas e inquietudes a cerca de nuestra convivencia. Muchas veces las impresiones que escucho son contrastantes. Algunos son eufóricos a cerca del éxito del país, mientras otros transmiten un franco y abierto malestar. ¿Cual es la verdad, se pregunta el Presidente, el país que maravilla por sus éxitos o el país lleno de espejismo"? (3) El Presidente entrega su respuesta a esta pregunta e invita a los chilenos a estudiar y conversar sobre nuestros problemas e inquietudes.

Otro autor que da cuenta de la existencia de un malestar en nuestra sociedad es el investigador de SUR José Bengoa. En su libro *La Comunidad Perdida* no sólo diagnostica el malestar sino que se arriesga a buscar sus orígenes. "Posiblemente allí reside el malestar que provoca la modernización irreflexiva: en creer que la modernidad, una vez más, reside en las cosas; que no requiere apropiación del espíritu"(4).

Más aún, Bengoa, al hablar de la perplejidad con que los gobernantes se preguntan "por qué hay tanta insatisfacción" responde: "Pareciera que el rompimiento de la indivisibilidad de la naturaleza humana es el origen del malestar colectivo. Allí es donde el ser humano, una sociedad, concluye que un tipo de crecimiento no va con la necesaria unidad y equilibrio del

conjunto social"(5).

En un extenso libro, *Construyendo Opciones*, editado en 1998 por René Cortazar y Joaquín Vial, se encuentra un interesante análisis, con sólida base empírica, del sociólogo Guillermo Campero. En este artículo bajo el sugerente título *Más allá del individualismo: La buena sociedad y la participación*, se asume la hipótesis que "la *malaise*, - el malestar - , el desencanto o la crisis de fe en el *modelo* - a que algunos analistas se refieren - son, en parte importante una manifestación de esta incertidumbre y de un complejo procesamiento psicosocial aún no culminado de los traumas del cambio, tal como se originó en Chile"(6).

Hablando en el Foro Productivo de 1997 el Ministro de Hacienda, Eduardo Aninat constató una "brecha de insatisfacción". Más aún, invitó a los chilenos a "un amplio debate sobre este tema de fondo de a donde nos conduce desde el punto del vista de bienestar, felicidad individual y colectiva el tipo de sociedad que estamos construyendo con este modelo"(7).

Uno de los análisis más lúcidos y agudos lo entrega el Senador Alejandro Foxley en su último libro *Chile en la Nueva Etapa. Repensando el país desde los ciudadanos*. Foxley considera que la "evidencia empírica sugiere que la desazón y un cierto *malestar* que acompaña a la irrupción del individualismo, el lucro y las leyes de la competitividad y el mercado en las vidas individuales, genera por reacción una demanda, todavía difusa, por mayor cooperación y solidaridad, por menos individualismo y más expresión de las necesidades y tareas al nivel de la comunidad, particularmente de la comunidad local"(8).

Entre los más recientes ensayos sobre el tema del malestar se encuentra el del cientista político Carlos Huneeus. Bajo el título *El Malestar Ciudadano y sus Causas Económicas* Huneeus entrega una interesante observación a partir de la base de datos acumulados en las encuestas que ha realizado el CERC, institución de la cual es su Director. El observa que existe una relación entre el malestar, la desigualdad en los beneficios del desarrollo, la concentración del patrimonio y las prácticas contrarias a la libre competencia. Huneeus señala al analizar el malestar ciudadano que "a pesar de los excelentes resultados macroeconómicos, que soñaría tener cualquier partido en busca de reelección, la Concertación perdió 750.000 votos en comparación con las de 1993; hubo un millón de votos nulos, el 13.5% de los votos emitidos y casi trescientos mil personas votaron en blanco o se abstuvieron. En vez de ser felicitada, la coalición gobernante recibió una amonestación" Según este politólogo, "el ciudadano se rebeló contra los candidatos de la Concertación y de la oposición con campañas electorales basadas en la visión economicista del ciudadano"(9).

Existen otros estudios que sin nombrar la palabra "malestar" se acercan a ella al diagnosticar la percepción de la opinión pública. En un libro reciente, *Chile en los Noventa*, editado por Cristián Toloza y Eugenio Lahera se encuentra un interesante trabajo de Jorge Manzi y Carlos Catalán. En sus conclusiones se lee: "Una de las tendencias más claras de la percepción del país y su economía es la creciente declinación de las percepciones positivas que se detectaban en esta esfera. Y todos los indicadores (situación actual y futura, personal y colectiva) muestran un perfil semejante" Si bien es cierto se valora la moderación en las expectativas de la gente y el alejamiento del fatalismo de hace algunos años, se advierte sobre "el peligro que la anterior tendencia involucre la conformación de visiones

pesimistas, pues ellas canalizan en forma negativa cualquier señal de peligro que se perciba en la economía"(10).

Junto a lo anterior, Manzi y Catalán constatan, después de una revisión de encuestas de opinión pública, "un fuerte alejamiento de la actividad política. Los ciudadanos no confían en los políticos ni en las instituciones políticas, mostrando un creciente cinismo político, al tiempo que se alejan de su adhesión de los partidos políticos." Concluyen que el riesgo que plantea esta evolución negativa es el "descrédito de la democracia"(11).

Moulian y su visión del malestar

La mirada que Tomás Moulian ha introducido del acontecer social, político y económico chileno, por cierto discutible, es de una fuerte relevancia para el tema del malestar. En su libro Chile Actual. Anatomía de un mito, se hacía cargo del tema del malestar en esta sociedad hegemonzada por un capitalismo neoliberal y consolidada en un largo proceso que Moulian denomina "el transformismo"(12).

En su último escrito El consumo nos consume (1998) vuelve sobre el tema en una perspectiva consecuente con su mirada anterior. Según Moulian en países como Chile, Venezuela o Argentina uno de los elementos más importantes es la aparición de una izquierda o de un populismo centrista. "Estos conglomerados cumplen la misión de producir las transformaciones neoliberales que estaban faltando y que, en algunos casos, los militares no fueron capaces de generar o, como en Chile, cumplen la misión de culminar su legitimación."

Según este autor "algunos analistas candorosos" consideran que el vacío de un discurso clasista, es una señal de la buena salud de la sociedad. "Crean a pie juntillas que el desarrollo pleno del mercado, la armonía y el consenso social que se instalan en los discursos, significan que se ha desplazado para siempre la amenaza de los enfrentamientos clasistas" En este sentido concuerda con Giddens quien al observar los distintos movimientos sociales presentes en la expansión del capitalismo señala: "qué duda cabe que el capitalismo continúa siendo un sistema de clases, y que la lucha del movimiento obrero es relevante todavía para lo que puede esperarnos "mas allá" del mismo"(13).

En este contexto los "analistas candorosos", según Tomás Moulian, "no son capaces de percibir los nuevos cursos del malestar social: en el presente estos adoptan mucho más la forma de resistencia a través de comportamientos anómicos, que de comportamientos colectivos clasistas." Para Moulian la calma de la sociedad en el terreno político, solo sacudida por las luchas entre las élites, "presenta niveles de desintegración mucho más altos que los del pasado". Ello se observaría en el aumento de la violencia popular o de cuello y corbata, la intensificación de la violencia que va asociada a ella, la droga, la corrupción y el tráfico de influencia. "Todos esos fenómenos son expresiones extremas del individualismo competitivo, que no conoce otro precepto moral que el cuidado del interés propio"(14).

Más aún, para Moulian detrás de este malestar está también el efecto "esclavizador" del consumo. Se trata de la constitución del consumo hedonista que va acompañado de una secularización de los sentidos de vida o del proyecto existencial. Insiste que todo esto "es efecto del carácter superficial de la cultura neoliberal, dada su total ausencia de una dimensión de trascendencia"(15).

Brunner: el malestar no existe.

Últimamente José Joaquín Brunner hace un extenso alegato contra la tesis de la existencia de un "malestar difuso" en la sociedad chilena. Ello sería una interpretación exagerada y errónea de los datos electorales de Diciembre pasado. Sobre la base de los resultados de dos encuestas Brunner concluye que "la gente se declara razonablemente satisfecha y feliz con su estado actual, considerando todos los aspectos de su vida".

Al mismo tiempo que niega el malestar, constata la existencia de "una difundida desconfianza en las oportunidades" y altas expectativas de corto y mediano plazo. "El crecimiento socialmente desigual hace pensar a la gente que la pobreza en vez de disminuir aumentará". "La mitad de la población considera como "muy desigual" el acceso a los servicios esenciales. La interpretación de estos antecedentes, según Brunner no lleva a la conclusión de un "difuso malestar" sino a que la gente quiere "más de lo mismo pero en menor tiempo de manera de así satisfacer sus expectativas".

Según Brunner, el concepto de malestar se mueve confusamente entre dos niveles completamente distintos. Uno sería un "malestar de época" (o propio de la modernidad). Otro es el nivel del "malestar empírico" que busca reflejar situaciones micro que se extrapola a la sociedad sin contar con una teoría para ello. Las intenciones político intelectuales de quienes sostienen esta tesis de la existencia de un malestar serían, entre otras, "descubrir inseguridades y malestares por todos lados, crecientes y multiformes, y a la necesidad (artificial) de hacerse cargo de ellos buscando frenar o reducir los avances en la modernización de la sociedad, que serían los causantes de dichos desasosiegos"(16). Es este el verdadero problema de Brunner con la tesis del malestar que él mismo levantara (no sé si como "malestar de época o como "malestar empírico"). No desea que se cuestionen los efectos de la modernización en marcha.

Las observaciones de Norbert Lechner al escrito de Brunner, con las cuales concuerdo plenamente, ahorran un análisis de sus tesis y conclusiones fundamentales. Pero no puedo dejar de señalar -al intelectual Brunner- que lamento sus descalificaciones al Informe de Desarrollo Humano del PNUD ("ideología neoconservadora", "Newt Gingrich no debe pensar distinto", neo-populismo sociológico"). No creo que sean los términos apropiados para un debate serio entre nosotros. Por lo demás en todo debate, es claro que si los argumentos son de peso, no hacen falta las descalificaciones.

Tampoco entiendo la lógica del intelectual Brunner. Por un lado afirma que la modernización occidental produce sociedades del "malestar". Chile vive un acelerado proceso de modernización bajo parámetros occidentales. Pero en Chile esta modernización no generaría malestar. Ciertamente no logro comprender la coherencia de lo escrito hace algunos años (1994) con el contenido de su último documento. No convence la ingeniosa diferencia entre "malestar de época" y "malestar empírico".

Finalmente es importante recalcar que Brunner no se hace cargo de la tesis central del Informe de Desarrollo Humano del PNUD, que demuestra el desajuste o asincronía entre los aspectos objetivos de la modernización y la subjetividad. No hace referencia tampoco a los datos empíricos que muestran las carencias objetivas que presentan los sistemas funcionales llamados a promover la habilitación y la realización de las personas (la salud, la

educación, el trabajo, la previsión, la seguridad ciudadana, etc.) Tampoco analiza los antecedentes que se entregan sobre este desajuste a partir de las percepciones de la gente. Por ejemplo, resulta curioso que tratándose de alguien que ha estado vinculado a los temas comunicacionales, no asuma el que más de dos tercios de los entrevistados en la encuesta CEP-PNUD sobre seguridad humana, declaren sentirse desinformados respecto de los hechos que pueden afectar su vida cotidiana.

II.- Reflexiones sobre el Informe del PNUD

El objetivo de este capítulo es el de ofrecer una lectura, desde el debate actual, de las principales ideas contenidas en el Informe de Desarrollo Humano 1998.

Modernización y subjetividad

La conversación que nos propone el PNUD a partir de su Informe, es sobre el desajuste entre modernización y subjetividad. Se señala y se enfatiza esta hipótesis desde la portada. El debate sobre el "malestar" para el PNUD es secundario. Lo que se afirma es que los desajustes entre el funcionamiento de los sistemas y la subjetividad puede explicar en parte su existencia.

Lo que se desea estudiar es el estado de la "Seguridad Humana". La demanda de seguridad (obviamente relativa y no absoluta) que cualquier modelo de modernización debe saber tematizar y responder, es comprendida en el Informe del PNUD desde la tensión entre subjetividad y modernización.

Lo anterior se hace necesario cuando se expande una lógica que se denomina "moderna" que hace primar la razón instrumental, especialmente en la reproducción material de la sociedad, es decir en la economía. Esta racionalidad se impone desde una perspectiva global en la competencia, la innovación tecnológica, el capitalismo transnacional y los grandes movimientos de capitales. En una palabra, el mercado y sus reglas parecen hegemonizar la política, la cultura y la sociedad.

Ello obliga a mirar qué pasa con la subjetividad en ese contexto. El Informe del PNUD intenta dar elementos para observar ese lado de la luna que muchas veces se esconde en las cifras del éxito logrado.

Individuación y Subjetividad

Un rasgo sobresaliente de la sociedad moderna es el amplio proceso de "individuación". Para Brunner, fué Hegel quien captó antes que nadie el signo de los nuevos tiempos. El señaló que "el principio del mundo moderno" consiste en permitir "que la subjetividad se complete hasta alcanzar la independencia extrema de la singularidad personal"(17).

¿Cuales son las consecuencias prácticas de este principio? Primero que nada, es el reconocimiento de que los seres humanos en su condición de "para si" tienen existencias intransferiblemente personales. Centradas en torno a su propia conciencia y libertad. Individuos dotados de derechos inalienables que los convierten en los sujetos del desarrollo y la sociedad. Como tales

deben participar en la conformación de las instituciones y del poder. Segundo, que la subjetividad del individuo, debe ser asumida como un hecho clave de todo proceso de "modernización". Este proceso solo se encamina hacia una auténtica "modernidad" en la medida en que se despliega en la vida social toda la rica potencialidad de cada persona. Ambos aspectos son centrales para el enfoque del Desarrollo Humano.

En otras palabras, el Informe del PNUD propone, en el enfoque del Desarrollo Humano Sustentable, que son tan reales y tan importantes la modernización como la subjetividad. Esta es entendida como el sentimiento de identidad y de pertenencia de cada individuo; como la capacidad de ser sujeto de la modernización y como las expresiones sociales y culturales en la cual se despliega la vida cotidiana de la gente.

No hay una primacía de la modernización. Las personas han de respetar las exigencias de los sistemas funcionales, pero a la inversa, también la modernización requiere adaptarse a la subjetividad para seguir desplegándose. De no ser así, la legitimidad misma del desarrollo se debilita. Se generan brechas entre los ciudadanos y la política debilitando la democracia o entre los trabajadores y las empresas, con la consecuente pérdida de competitividad.

Hacerse cargo de esta interacción entre modernización y subjetividad es fundamental para el quehacer político. Más aún si se recuerda lo que entre los sociólogos se denomina como teorema de Thomas: "lo que la gente percibe como real, es real en sus consecuencias". La percepción subjetiva pasa a ser decisiva a la hora de motivar y movilizar las conductas sociales. Si no se asume la subjetividad, los sentimientos de agravio, humillación o desesperanza, el orden social puede explotar en populismo.

La política responsable está obligada, entonces, a mirar la relación entre el funcionamiento de los sistemas y las percepciones de la subjetividad. Las conclusiones del Informe PNUD señalan, al respecto, que se está en presencia de una de las paradojas más importantes que vive el país. Por un lado el avance impresionante del proceso modernizador y por la otra la percepción que sus efectos o resultados son desigualmente distribuidos y que ellos no responden a las demandas de seguridad que la gente tiene.

La complementariedad entre sujetos y sistemas

Relacionado con lo anterior se encuentra el hecho que en las sociedades actuales están profundamente entrelazados, de una u otra manera, la vida personal con los sistemas funcionales. Lo que pase en el mercado asiático puede afectar el empleo o la rentabilidad de las AFP y con ello la jubilación de un trabajador chileno. Como lo señala Ulrich Beck: " lo más íntimo, pongamos por caso criar un niño, y lo más distante, el accidente de un reactor nuclear...de pronto se encuentran directamente conectados"(18).

Pero, al revés, lo que le suceda a las personas en su cotidianeidad, muchas veces, poco significa para los sistemas. De allí el sentimiento de desprotección que expresa el malestar en la sociedad moderna. Más aún, del hombre o la mujer como persona o ciudadano(a) se ha privilegiado su rol como "recurso humano", es decir, como un factor productivo. Entonces hay que extender la educación para hacer más competitiva la economía. Hay que capacitar para mejorar la productividad. En otras palabras, los sistemas, especialmente el sistema económico, funcionalizan a las personas y, muchas

veces, no se las considera como sujetos y finalidad del desarrollo.

De alguna manera, entonces, la subjetividad de las personas, los requerimientos de una familia o la identidad de una comunidad local están subordinados a un proceso nacional y global hegemonizado por las lógicas funcionales de los sistemas. Aquí es donde se ubica el rol de la política, la cual está llamada a ordenar fines y medios. Por ello la política debe ser capaz de orientar y gestionar los asuntos públicos - desde lo local hasta lo global - con la consideración y la participación de los sujetos. En palabras del PNUD, la política debe generar la capacidad mediadora para hacer "complementario" el protagonismo de los sujetos, es decir el rol de la ciudadanía y de los actores sociales, con las transformaciones y exigencias de la funcionalidad de los sistemas, cada vez más autorreferidos y más dependientes del proceso de globalización.

De allí la importancia de una política que camine con los dos pies: la participación de los sujetos y la modernización de los sistemas. Esta tensión va a existir siempre, pero la sabiduría de la política es ser capaz de manejarla. Esto implica analizar un estilo de modernización que aparece compulsiva cuando ella no es comprendida y asumida por la gente. En la perspectiva del PNUD, esta complementariedad será una de las claves de un desarrollo que se acerque al ideal normativo del Desarrollo Humano. Esto exige una permanente comunicación y retroalimentación entre los sistemas, las personas y los actores sociales.

Las respuesta parciales: tecnocrática y nostálgica

Una respuesta parcial sobre el desajuste entre subjetividad y sistemas, es la que en el Informe del PNUD se denomina como tecnocrática. Ella tiende a comprender el malestar de los chilenos sólo como un problema de expectativas. Según esta versión, en todos los procesos de modernización las expectativas van siempre por delante de los logros materiales. Si la eficiencia económica mejora y se expresa en una mayor disponibilidad de ingresos y de bienes, se va lograr responder a los requerimientos de la gente. Este es un argumento que normalmente dan los economistas para explicar la insatisfacción de muchas sociedades. En parte tienen razón. La satisfacción de determinadas demandas generan otras de nuevo tipo. Un buen funcionamiento de los sistemas puede responder al nuevo horizonte de demandas sociales. En otros casos, se valora la existencia de expectativas en una economía porque impulsa a una nueva y mejor oferta.

Pero es esta una respuesta parcial. La noción de subjetividad es más compleja que la noción de expectativa. La subjetividad es un requerimiento antropológico, que está en la constitución de las personas. Ella se expresa en la necesidad de ser considerado como sujeto, en la valoración de la dignidad de cada ser humano, en la búsqueda de realización, en el natural requerimiento de compañía, de identidad personal y social. A modo de ejemplo se podría decir que, en sentido estricto, la humillación a que puede estar sometido un trabajador no es un problema de expectativas sino de dignidad. La carencia de realización personal, de participación, de ser considerado y el sentido de pertenencia es propio de los requerimientos de la subjetividad de la gente.

De lo anterior surgen demandas sociales que un tipo de modernización irreflexiva, es decir no moderna, no considera. Para muchos el éxito del modelo reside sólo en la base material de la existencia. La respuesta a las

expectativas materiales produciría la satisfacción de las demandas de la subjetividad. De alguna manera se olvida como incorporar a las personas y a la sociedad como actores del proceso y no sólo como meros consumidores.

Para algunos les es difícil aceptar que "no es sólo el crecimiento el que resolverá nuestro malestar. Es la manera como crecemos", con nuestras tradiciones y valores; "con nuestra identidad", como nos señala José Bengoa. En otras palabras, la modernización no es única, no es un proceso natural. El mismo autor va aún más lejos cuando nos recuerda, con razón, que "modernización no es un mero eufemismo para señalar la necesidad de europeización o "estadounidización" del desarrollo, de ruptura con el pasado secreta y clandestinamente reconocido como bárbaro, tradicional, poco civilizado, irracional, agrario, oscuro, pueblerino"(19).

El problema de Chile es más complejo que la mera receta para crecer sostenidamente, porque si bien es una condición necesaria e irrenunciable, la manera como la sociedad se involucra, la manera como la gente asume las tareas y metas a lograr, la manera como se participa en los resultados, es tan importante como el hecho mismo de crecer. En la relación entre modernización y cultura está la clave del círculo virtuoso del Desarrollo Humano.

En el Informe del PNUD al presentar las respuestas parciales al desajuste entre subjetividad y modernización se habla de la respuesta que se denomina "nostálgica". No se desvaloriza la nostalgia de comunidad, de solidaridad o de experiencias intersubjetivas positivas. ¿Quién puede negar que las identidades colectivas sean las tradiciones o el sentido de comunidad pueden constituir una base de capital socio-cultural para avanzar en una sociedad con mayores niveles de desarrollo humano?

Pero, como se señala en el Informe, la mirada desde la nostalgia sobre la subjetividad tiene límites. No logra dar cuenta de los aportes de la modernización. Denuncia sus riesgos y peligros, pero no valora las oportunidades que brinda al despliegue de los sujetos. No toma en cuenta las autonomías necesarias de los sistemas. Tampoco se hace cargo del carácter plural de la subjetividad. Muchos que absolutizan el papel de la subjetividad y se asilan sólo en la nostalgia, desprecian el papel de la modernización. Por ello se hace tanto incapié en el Informe que ni la sola mirada "nostálgica" ni el sólo enfoque "tecnocrático" responden a los requerimientos de un Desarrollo Humano Sustentable. La búsqueda de la complementariedad, frente a una tensión difícil de escapar entre modernización y subjetivación, aparece como una tarea fundamental.

Modernización y Seguridad Humana

En el Informe del PNUD se propone la noción de Seguridad Humana como un marco conceptual que, entre otros, nos ayude a dar luces sobre el "malestar" o, si se quiere, sobre el desajuste entre subjetividad y modernización que se observa en nuestra sociedad. No se sugiere en dicho Informe que ese concepto sea "la" interpretación del "malestar o del desajuste existente. Tampoco se está proponiendo, como se ha dicho, un retorno a formas paternalistas del Estado de Bienestar. Lo que sí se señala es que no existe modernización en el mundo que pueda despreocuparse del tema de la seguridad humana en la vida cotidiana, la que es una necesidad antropológica básica.

La pregunta que se debiera plantear en el Chile actual, es cómo hacer

concordar el principio de solidaridad, lo que implica aceptar que la sociedad tiene un compromiso con sus miembros, con el principio de la responsabilidad individual, lo que obliga a cada persona a hacerse cargo de sí misma como dueña de su existencia. Es preciso una formulación política de esta necesaria complementariedad para un adecuado orden social.

Si se examina lo que hoy se llama el "gasto social" vamos a observar que en gran medida el Estado financia una parte sustantiva de la educación, de las pensiones, de la salud, de la vivienda, etc. Se afirma, con justificada satisfacción, que el gasto público social alcanza al 70% del Presupuesto. Es decir, el Estado está asumiendo una prevención contra los riesgos de la gente o abriendo paso a formas más equitativas de igualdad de oportunidades. Parece necesario para nuestro país una formulación política de lo que se codifica como "gasto" ya que lo que está implícito en este concepto contable es la noción de solidaridad a través de lo que en Europa se ha denominado un Estado Social.

Por otro lado, en la experiencia chilena se han creado crecientes ámbitos de protección social entregados a la responsabilidad individual y a entidades privadas que se comportan dentro de la lógica del mercado. ¿Cómo, entonces, lograr su complementariedad con la función de un Estado Social sin caer en las pesadas cargas del tradicional Estado de Bienestar? Esta es una pregunta abierta para nuestro futuro porque la gente se siente insegura o desprotegida y ello afecta a la familia en su vida cotidiana y al sistema en su sostenibilidad.

Sería necesario también analizar el funcionamiento de algunos sistemas funcionales como el económico, el previsional, la educación, o el mundo del trabajo. Se sugiere en dicho Informe que es necesario constituir una mirada de la realidad que, al mismo tiempo, observe los logros alcanzados y los déficits objetivos que los sistemas funcionales presentan en su capacidad de generar Seguridad Humana. La pregunta que se hace es qué consecuencias sociales pueden esperarse si la gente siente que los sistemas de salud no la protegen, que la previsión no genera garantías para una vejez apacible, que la educación no va a entregarle a los hijos las herramientas para superarse o que en cualquier momento puede perder el empleo con grandes problemas para reubicarse.

Es importante destacar que el problema no se encuentra sólo en la percepción de la gente sino que también en el funcionamiento objetivo de los sistemas llamados a entregar protección. Quienes critican el Informe del PNUD, no se hacen cargo de las falencias que se constatan en instituciones que tienen el carácter de ser "segurizantes" para las personas. ¿Las AFP están cumpliendo a cabalidad lo que se espera de ellas como instituciones de "seguridad social"? ¿Podemos perfeccionarlas? Falta profundizar el análisis de cómo la actual institucionalidad responde a las exigencias de Seguridad Humana.

La política y el capital social

En el Informe del PNUD se constata la debilidad del vínculo social, la privatización de la vida, la desconfianza que inunda la intersubjetividad de la gente, el abandono del espacio público y el bajo nivel de asociatividad. En otras palabras se trata de la precariedad de lo que en código del PNUD se ha llamado por analogía el "capital social". Este debilitamiento del capital social y cultural del país inhibe extender los beneficios del crecimiento en el ciclo de expansión de la economía. Pero puede ser mucho más clave para

enfrentar un eventual ciclo recesivo, al cual ningún país es inmune.

También el debilitamiento del capital socio-cultural tiene especial relevancia para la política. Incluso puede explicar, en gran medida, la desvinculación de la gente con ella. El exceso de esta actividad en tiempos pasados y su capacidad de inundar otros campos que requieren grados de autonomía para su desarrollo, no explican la creciente despolitización de los ciudadanos. Algunos niegan este proceso de despolitización. Sólo se trataría de una disminución de la temperatura para regresar al punto de equilibrio, o como dice un autor, sería sólo la "búsqueda de la óptima indiferencia"(20).

Las evidencias empíricas muestran una tendencia creciente de desconexión de los ciudadanos con lo público. Se restringe así el papel que debe jugar la política de proporcionar decisiones de futuro socialmente vinculantes. Ello puede traer efectos negativos para el funcionamiento de la democracia.

Tanto el debilitamiento del vínculo cívico como el del vínculo social son un fenómeno mundial. Pero el carácter chileno del mismo puede estar referido a temores que acumulamos en tiempos recientes. El temor y desconfianza en el otro, hoy expresado y caracterizado en la figura del delincuente, ¿no tiene un precedente en el temor al delator, tan omnipresente y omnipotente ayer como hoy lo es el delincuente? La debilidad de la asociatividad, ¿no tiene un antecedente en años de temor a la represión que sufrieron las organizaciones? Y el temor a la exclusión, ¿no tiene raíces en una memoria histórica de lo difícil y doloroso que fue, en períodos de crisis, conseguir un empleo para mantener a la familia?

Con lo anterior se desea señalar que es importante nombrar estos miedos o temores que nos desligan de los demás y nos hacen cada vez más solitarios y encerrados al interior del hogar. Por lo mismo, los discursos públicos debieran estar más llenos de humanidad en la que se perciba que se acogen dichos temores de la gente en su vida cotidiana.

Este resquebrajamiento de la sociabilidad entre los chilenos, desde mi punto de vista, tiene estrecha relación con la crisis de la política y de los partidos. El vínculo social y el vínculo cívico están íntimamente ligados, como lo expresan los estudios de Robert Putnam(21). Si la vecindad está debilitada, cambia la capacidad de asumir como propios el espacio público, la pequeña polis, enfrentar juntos los problemas que nos afectan. Cambia la relación de la gente con la cuadra o la calle, el barrio, la plaza, los espacios culturales, verdes o de recreación. Es decir, los espacios públicos ya no son tarea de la "comunidad" sino de terceros, sea el concejal, el alcalde, el gobierno o el parlamentario.

El quiebre del vínculo social rompe el vínculo cívico y por lo tanto la sociedad pierde un capital social que hace a la capacidad de ser sujetos, a la capacidad de acción colectiva y a la capacidad de ser socio (partner) del poder municipal, regional o central.. Este ejercicio, nos puede llevar a pensar en un círculo vicioso que podría enunciarse así: a más privatización de la vida, menos confianza y cooperación, menos participación cívica, más pasividad y lejanía de la política, lo que termina por afirmar que lo único que importa es la suerte de mi entorno familiar. La frase final de este proceso cultural es "la política no se preocupa de la gente como nosotros".

Cuando más verticales sean las políticas públicas más clientes o

consumidores se crean, pero menos ciudadanía activa y participativa se impulsa. Cuanto más autorreferida sea la política en sus propios conflictos, más razón encuentra el ciudadano para desconectarse de ella y menos la política es capaz de crear horizontes compartidos y convocar a la sociedad. Esta puede ser una de las grandes interrogantes que surgen del Informe del PNUD.

III.- Algunas cuestiones para el debate

Las preguntas que surgen del Desarrollo Humano

La respuesta que muchos dan con cierta facilidad al malestar de nuestra sociedad es que en otros países pasa lo mismo. Es el "malestar de la época". Esta es, como ya se señaló, una respuesta insuficiente para un espíritu que se dice moderno. Es la afirmación de quienes están dominados por un espíritu escéptico. Parece una respuesta un tanto determinista que haría innecesario hacer el esfuerzo por preguntarse sobre la subjetividad y cómo hacerla complementaria con la modernización.

Para quienes así piensan, ella tiene un curso ya trazado. No hay sino que sufrir las consecuencias. Olvidan que la modernización tiene una base compartida, pero que en el mundo se han desarrollado diferentes modelos modernizadores. Se olvida, además, que en lo que es la experiencia occidental de modernización, se buscan nuevas respuestas para sus efectos no deseados. Según el mismo Brunner, en estas experiencias "los individuos padecen dolorosamente sus éxitos bajo la forma de una triple crisis: crisis de sentido, de pertenencia y de valores". (¿Será también neoconservador?) Son sociedades que en su base están "atacadas por la apatía de los ciudadanos que apenas se movilizan para votar y, en sus cúpulas, por la corrupción que corroe los pasillos del poder. A su turno las economías no logran sortear niveles adecuados de equidad ni han podido sortear cíclicas recesiones que destruyen empleos y hogares"(22). ¿Los chilenos tenemos que repetir el resultado de sociedades que hoy se preguntan si hicieron bien el camino? Recordemos las palabras de Brunner: "¿estamos obligados a terminar construyendo una sociedad de malestar?".

Esta pregunta obliga a un esfuerzo intelectual, moral y político que defina y afronte las nuevas interrogantes. Entre ellas es posible señalar las siguientes: ¿cuáles son los valores que la gente quiere conservar de su historia y tradición? ¿Cómo vamos a reducir los persistentes niveles de desigualdad presentes en nuestra sociedad? ¿Cómo vamos a afrontar las nuevas desigualdades que se están gestando? ¿Cómo vamos a lograr un sano equilibrio espacial de nuestro desarrollo? ¿Cómo podemos recomponer o fortalecer la confianza y el vínculo social resquebrajado? ¿Cómo podemos hacer modernización con la gente, sobre todo con aquella que queda rezagada en este contexto de globalización? ¿Cómo vamos a recomponer el medio ambiente dañado? ¿Cómo vamos a entregarle herramientas a la familia para enfrentar los desafíos de un mundo tan competitivo y mercantilizado? ¿Cómo lograr una sociedad en que se de un equilibrio sin discriminación ni privilegios en el rol de mujeres y hombres? ¿Cómo educar para la solidaridad, la gratuidad, los afectos y la tolerancia? ¿Cómo vamos a defender nuestras etnias, nuestra naturaleza y nuestro mundo rural con sus tradiciones y su cultura? ¿Hay espacios para que una sociedad decida su manera de "modernizarse? ¿Pueden y deben la política y la sociedad responder

estas preguntas? ¿O todo se lo dejaremos al mercado?

Lo anterior implica, no sólo reconocer lo mucho que se ha logrado, sino también un sano espíritu crítico. Ello no significa propiciar el pesimismo, sino lo contrario: una actitud constructiva y de diálogo para asumir como ciudadanos nuestros problemas reales. Así, creo, se construye una auténtica modernidad.

Un desafío complejo pero irrenunciable

La subjetividad busca la realización del "yo" en un "nosotros". Para ello se requieren seguridad, confianza, consideración, dignidad, solidaridad, integración y sentido. Pero la subjetividad es ambivalente. Ella contiene un alto ingrediente de motivación por el propio interés. De allí arranca un proceso de modernización como el actual que tiende a ser individualista y desigual. ¿Se puede compatibilizar ambas realidades? Difícil pregunta. Pero sin duda es este uno de los desafíos más imperiosos y de mayor trascendencia para la construcción de un proyecto de país en que las personas sean los sujetos del proceso democrático y de desarrollo.

Digamos con claridad que la modernización en sus actuales orientaciones tiende a desarrollarse en la lógica de un mundo cada vez más globalizado, concentrado, con más competencia, con requerimientos crecientes de productividad, de flexibilidad, de diferenciación y de individuación. Pero si nos aplicamos a analizar los diferentes sistemas funcionales, encontraremos formas de entregar un espacio a la subjetividad y a la cultura. Más aún, sin esta consideración central del papel de la persona, no se está encaminando hacia una auténtica modernidad. Desde sus orígenes la modernidad busca la constitución de sujetos reflexivos sobre su pasado, capaces de asumir su presente y con clara perspectiva del futuro que se desea construir.

El Desarrollo Humano Sustentable en ese sentido coincide con una modernidad definida por su carácter de inspirar un espíritu reflexivo, a través del cual todos seamos conscientes de nuestras responsabilidades y de nuestras dificultades o limitaciones. Ello obliga a hacer claridad sobre cuales son las restricciones que se nos presentan para poder desplegar todas las potencialidades de una modernización sostenida en ciudadanos, en personas conscientes de sus responsabilidades y con el sustento de un capital social y cultural.

En esta perspectiva pareciera conveniente que en nombre de la proclamada "transparencia" que se requiere en una economía llamada moderna, se examinen las características de muchos de los sistemas funcionales. En la perspectiva del Desarrollo Humano Sustentable parece necesario objetivar el funcionamiento, por ejemplo, de la previsión, la educación, la salud o las relaciones laborales; también merecerían este análisis el impacto que tienen en el país la tributación, la inversión extranjera y la concentración del patrimonio y del poder.

Por cierto que también sería de la mayor importancia que el país se cuestione respecto a cuál es la real naturaleza e implicancia para Chile de los denominados "poderes fácticos". La falta de una conversación explícita sobre ellos y su relación con la política, sólo contribuye a configurar una imagen ambigua que puede llevar a que los ciudadanos duden de la real capacidad de conducción de los poderes formales.

En el Informe de Desarrollo Humano de Chile 1998, se hace un primer esfuerzo, no sólo de tener una mirada de las percepciones de la gente, sino también de las falencias que presenta la mercantilización o monetarización de algunos "servicios públicos" (sean estatales o privados). En todos los ámbitos del quehacer social se puede lograr una mayor comprensión y espacio a la subjetividad. Esto no es "frenar" la modernización. Puede servir para potenciarla en un círculo virtuoso entre subjetividad y modernización.

Es necesario también examinar la real capacidad del Estado para cumplir su papel de regulador y promotor de un desarrollo armónico, justo y sustentable. Así como su potencialidad de ser garantía para todos de que las oportunidades no se concentren sino que se diseminen. En otras palabras, se echa de menos una mirada crítica y propositiva sobre el funcionamiento de los sistemas funcionales tanto en su lógica interna como en su real capacidad de responder a los requerimientos más anhelados de la gente.

El gran tema de las desigualdades.

Otro de los temas pendientes es el de las desigualdades de nuestra sociedad. En el primer Informe nacional de Desarrollo Humano, publicado por el PNUD en 1996 (23) se comprobó que, a pesar de los esfuerzos realizados en la descentralización, la desigualdad tiene un importante componente espacial. Las oportunidades están desigualmente distribuidas en las distintas regiones y comunas. Los índices de desarrollo humano y de competitividad fueron también una nueva manera de mirar la desigualdad de oportunidades.

Se señaló en ese primer Informe del PNUD que el mercado no crea desarrollo espacial armónico. Pero cierta "idolatría del mercado"(24) no permite que se hable de las debilidades del mercado con la misma insistencia con que algunos proclaman las limitaciones del Estado. Digamos, aunque sea al pasar, que las últimas crisis en el mundo han sido causadas por desembocados mercados financieros y tratan de ser controladas en parte por el rol de los estados o de organismos internacionales. Quienes demandan su intervención son los mismos que pregonan la panacea del mercado.

No se puede seguir aceptando la hegemonía cultural de algunos que siguen culpando de todos los males de este mundo al Estado o a la acción colectiva de la gente. Olvidan que ya hace tres décadas que en Chile predomina la hegemonía del mercado y que se mantienen desigualdades irritantes. Me parece más realista la perspectiva de Tony Blair que reconoce los límites del mercado. En una entrevista reciente señala que es preciso definir "en qué grado los mercados globales no pueden trabajar apropiadamente, y por cierto no pueden trabajar con estabilidad a menos que haya estándares claros de rendición de cuentas y medidas de transparencia que los países estén preparados a adoptar"(25). En una perspectiva nacional esta es una advertencia sabia.

Por su parte, en el segundo Informe del PNUD, se pone de relieve la desigualdad en la distribución de la seguridad. No sólo se constata que la Seguridad Humana en Chile no tiene un nivel satisfactorio, tanto en el plano objetivo como subjetivo, sino que se encuentra desigualmente distribuida. En mi opinión, el tema tanto de las desigualdades tradicionales, es decir la diferencia en los niveles de ingreso y patrimonio, como lo que Pierre Rosanvallon llama "las nuevas desigualdades" en otras dimensiones de la vida, son un tema de primera importancia para la cohesión social del país y

para la acción política futura(26).

Recordemos que este tema de las crecientes desigualdades, es hoy preocupación de organismos internacionales de financiamiento que de alguna manera sostuvieron políticas económicas neoliberales. Hoy se preguntan sobre sus efectos en relación con la creciente pobreza y desigualdad tanto en el mundo desarrollado como en desarrollo. Por ello concuerdo con una frase reciente de Alain Touraine que alerta, como lo han hecho otros observadores, sobre " las crisis que sacuden a los sistemas financieros más notables del orbe". Concluye Touraine diciendo " La tormenta se escucha casi por todas partes... donde aumenta el temor de una crisis económica grave que incrementaría la pobreza, la desigualdad y la exclusión de una manera insoportable. El largo silencio de la época neoliberal debe terminar y el debate público sobre los fines y los medios de la economía debe revivir..."(27)

Entre las nuevas desigualdades, no sólo se presentan las espaciales, de genero o de seguridad que se han diagnosticado en estos Informes, sino también desigualdades que provienen de las diferentes posibilidades de adecuarse a la evolución técnica, de insertarse en los procesos de globalización y de asimilar y comprender los códigos simbólicos de esta modernización internacionalizada. Este mundo se ha hecho más desigual, no sólo desde el punto de vista del ingreso. Esto no implica disminuir la importancia de este factor sino para mostrar las nuevas complejidades del problema.

Por otro lado, la flexibilización de las reglas laborales, la responsabilidad de la productividad y la competitividad en un mundo globalizado conlleva exigencias desigualmente distribuidas. En las espaldas de los trabajadores y sus familias o de los pequeños productores, muchas veces sobreendeudados y desprotegidos, recaen responsabilidades y riesgos que es necesario objetivar ya que afectan la integridad de la familia, la salud mental de las personas y, en general, la calidad de vida de muchos chilenos y chilenas. Este tema exige una nueva y prioritaria conversación ya que será clave en el futuro, sobre todo porque la gente cada día está más consciente de esta creciente y múltiple desigualdad en la sociedad. Por ello se propone, entre otras razones, la necesidad de "un nuevo pacto social" en Chile, si queremos darle sustentabilidad social y temporal a nuestro desarrollo.

Estado Social y economía social de mercado

Distingo la noción de Estado Social y Estado de Bienestar en la línea de la distinción propuesta de Niklas Luhmann(28). La lógica del Estado de Bienestar sólo puede ser comprendida mediante el principio de compensación que se hace universal y permanente frente aquellas desventajas que recaen sobre cada cual como consecuencia de un determinado sistema de vida. La lógica del Estado Social, en cambio, se puede entender como la obligación del Estado de ayudar y estimular a las personas y a los grupos sociales a superar los traumas de los procesos de transición social, económica o cultural incorporándolos a las nuevas tendencias globales, pero respetando los ritmos propios de cada cual. Lo importante para el Estado Social es promover el despliegue de la sociedad y de las personas.

Las políticas sociales más conservadoras tanto la de la Sra. Thatcher como la de la socialcristiana Baviera entienden que el Estado debe cumplir su rol

solidario y subsidiario para compensar y cooperar con las personas a enfrenar las desigualdades estructurales o de origen y a prevenir las certezas de la vejez, la enfermedad y la sobrevivencia o los riesgos de desempleo, accidentes o invalidez. Como lo señala el Presidente de Alemania, Dr. Roman Herzog en el reciente y excelente artículo Democracia y Estado Social, este último "expresa la obligación (constitucional) del Estado de velar por una justicia social, lo que implica fundamentalmente dos cosas: en primer lugar el Estado debe velar porque cada uno de sus ciudadanos tenga asegurada una subsistencia mínima (independiente de la instrumentación individual de cada caso), y en segundo término, se impone el deber de impedir la generación de una brecha excesiva entre el nivel de riqueza y de ingreso de las distintas clases sociales"(29). Ambos procesos conforman, lo que se ha llamado, el modelo "Renano" de capitalismo, basado en la intervención activa de un Estado social de derecho.

Una economía de mercado abierta al mundo como la chilena y que aspira a llegar a ser "economía social de mercado" tiene desafíos que debe enfrentar cuando ha llegado a metas significativas de logro en el proceso de acumulación. Como parte de un mercado globalizado los riesgos se multiplican para muchas categorías sociales, entre ellas, los pequeños productores o los trabajadores. Para ellos se deben estructurar mecanismos de seguridad que complementen el esfuerzo individual y la acción pública y de esta manera protejan a la gente ante vaivenes del mercado o en momentos recesivos

Sólo una tergiversación de lo que se está planteando podría llevar a concluir que el PNUD sugiere un Estado de Bienestar. Lo que se señala es que una economía de mercado globalizada como la chilena, requiere flexibilidad, competitividad, compromiso y lealtad de empresarios y trabajadores. Un Estado Social debe velar porque existan reglas de juego estables para los empresarios y también para los trabajadores compatibles con una economía altamente competitiva, la que muchas veces puede afectar vitalmente al trabajador y a sus familias.

La discusión, entonces, sobre qué Estado Social requiere el país para disminuir la amenaza o la inseguridad, la excesiva desigualdad y la exclusión, es una cuestión abierta en la definición de nuestro esquema de modernización. Cómo hacer complementario el rol de un Estado Social con la responsabilidad de la sociedad y de las personas, es también una necesidad urgente si queremos que el progreso económico potencie la cohesión y la integración social. Una respuesta oportuna es fundamental en una economía globalizada que demanda flexibilidad y competitividad, lo que muchas veces se logra con lo que algunos llaman "dumping social", es decir, a costa de los más débiles.

Recordemos que The Economist "expresa su perplejidad por el hecho de que después de diez y ocho años del más frontal intento por dismantelar el Estado de Bienestar en Gran Bretaña, el gobierno de la Sra. Thatcher haya logrado reducir el tamaño del Estado de un 43% del PIB a un 42%(30)" En Chile es el 21%.

La Seguridad Humana es por tanto una tarea de la cual no puede sustraerse la política. Aún en el entendido que esta nunca liberará del todo a la sociedad y a las personas de incertidumbres, riesgos e inseguridades en un mundo en proceso de modernización. El problema es por ello, cómo puede la política ayudar a que las personas puedan gestionar de buena forma dichas inseguridades.

Dos desafíos del Chile actual

Pero debemos ser prudentes. El realismo se enfrenta, entre otros, con dos desafíos. El primero es el mismo proceso de globalización. Este se ve reforzado por su tendencia al desmantelamiento de los mecanismos nacionales que buscan proteger a las víctimas de la economía del mercado global. Ello sin reconsiderar los defectos que desde el ángulo de la subjetividad y de la igualdad presenta el modelo del "laissez faire", tanto en las economías desarrolladas como en desarrollo. La espontaneidad del chorro y de la mano invisible del mercado no generan el buen orden. Este es una construcción social y es tarea prioritaria de la política.

En otras palabras, en la perspectiva del Desarrollo Humano, un proyecto o propuesta para el futuro, capaz de crear sentido para todos, debe enfrentar la tensión que surge entre lo local, lo nacional y la globalización. El país necesita rehacer el sentido de nación. Necesita volverse al interior de sí mismo, mirar su espacio y recrear lazos de sociabilidad, de solidaridad, desarrollar identidades desde abajo, es decir desde la intersubjetividad de las personas para constituirse en sujetos del proceso. Como lo señala Foxley con toda razón "el dilema de crear comunidad en Chile es inescapable. Somos suficientemente pobres como para que no exista gobierno que pueda, por sí solo, acortar a un plazo razonable la espera, hasta que se resuelvan los problemas de la gente. En Chile, la participación es una necesidad de supervivencia de su democracia"(31).

Simultáneamente Chile debe seguir insertándose en un mundo globalizado, lo que obliga a la flexibilidad, la competitividad y la eficiencia de los sistemas funcionales. Esta tensión deja poco espacio a grandes movimientos emancipatorios, pero obliga a ser más sutiles para no caer en el conformismo. Para una inteligencia moderna no existen vías bloqueadas para el cambio. Lo que sí pueden existir son ideas gastadas. Y con ideas gastadas no hay ni renovación de la política, ni mejor inserción internacional, ni visión del futuro.

En vez de frenar la globalización, habría que acompañar mejor el movimiento sabiendo, que si la inserción es sistémica y no de un grupo de agentes económicos, hay que pagar un precio. Para generar integración y participación de todos es necesario crear múltiples espacios donde se despliegue la participación de la sociedad civil asociada al poder central, regional o local. Las empresas debieran impulsar la búsqueda de nuevos caminos y ellas mismas deben saber hacerse cargo de su entorno social y espacial. Sin un sentido de pertenencia a la nación no seremos capaces de caminar hacia la solidaridad social que haga posible que todos sean sujetos y aprovechen las oportunidades de la globalización.

El segundo desafío es la cultura del exitismo, que lleva a algunos a la inmovilidad y a creer que la mera continuidad pura y simple del "modelo" terminará algún día por satisfacer las demandas de la subjetividad de la gente. Este exitismo se ha impregnado en muchos y está construido sobre una falacia: como se dice en el Informe del PNUD, de la constatación "el sistema funciona bien a sí", se concluye que "el sistema no funciona bien sino así" Cualquiera reforma parece innecesaria y propia de nostálgicos. ¿Tendríamos, entonces, que llegar a concluir, como lo hace Eric Hobsbawm(32), de que sólo la "amenaza" proporciona al capitalismo el incentivo para reformarse? ¿Estamos determinados a tener que seguir el curso de las aguas sin poder

canalizarlas? Recordemos el refrán alemán: "sólo los peces muertos nadan con la corriente".

En el Informe de Desarrollo Humano se afirma de que Chile está inserto en un proceso global de modernización del cual no puede marginarse. Pero ello no implica que el rumbo y el ritmo de la modernización estén determinados de antemano.

IV.- Mi diferencia con Brunner

La modernización, ¿un camino trazado?

¿Podemos todavía los chilenos preguntarnos sobre cómo lograr una "modernización a la chilena"? En otras palabras, esta cuestión nos remite a preguntas a las que normalmente le sacamos el cuerpo: ¿Qué sociedad es la que estamos construyendo? ¿Qué sociedad queremos construir en Chile? ¿Tenemos la libertad para hacernos esa pregunta? Para algunos, estas no son interrogantes relevantes o que importen porque en primer término, ya se habría encontrado la "vía chilena" a la modernización y al desarrollo. Lo que nos puede faltar, como lo cree Brunner, es sostenerla y no abrir artificiales problemas como el del "malestar" o las "inseguridades" porque con ello lo único que se pretende es "frenar o reducir los avances de la modernización"(33).

Pero, el mismo Brunner afirma que la modernidad se revela como una empresa ambigua " que por un lado libera las energías humanas al multiplicar las posibilidades de ser, hacer y conocer al mismo tiempo que, por el otro, crea un medio ambiente social que "amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos. (Ö) Es una unidad paradójica, la unidad de la desunión : nos arroja a todos en una vorágine de perpetua desintegración y renovación, de lucha y contradicción, de ambigüedad y angustia"(34).

Cuando analiza la situación chilena no observa ni paradojas ni contradicciones en el proceso de modernización en marcha. No existe "ningún tipo de descontento generalizado"Ö, "existen bajos grados de conflictividad"Ö, "la gente vive un clima casi obsesivo por el trabajo y un escaso espíritu de protesta". La alegría ya llegó para la gente y ella "se declara razonablemente satisfecha y feliz con su estado actual, considerando todos los aspectos de su vida". Más aún, para Brunner las desigualdades están disminuyendo y los enclaves autoritarios no afectan el estado de ánimo de la población. La inseguridad es una antigua tesis conservadora y lo que existe "es un gradual proceso de evolución y adaptación de la moral y los valores a la nueva condición de la vida urbana, relativamente secularizada y con mayor autonomía de las personas"(35).

En este contexto pareciera innecesario preguntarse por la sociedad que queremos construir ya que ella está "inscrita" en la idea misma de modernización. Ella tiene exigencias implícitas y son inevitables si queremos mejorar nuestra competitividad en un mundo globalizado. El producto social a construir es el que resulta al extender la libertad de elegir en un mercado cada vez más internacionalizado. Pero, curiosamente, no existe la "libertad" para movernos del camino trazado. Eso, lisa y llanamente, sería irresponsabilidad, "desviacionismo" y populismo.

La modernización, entendida como extensión de la racionalidad instrumental a todos los campos de la vida social, en la práctica se expresa en la diseminación de la lógica y del mecanismo del mercado, del capitalismo y de la responsabilidad individual. ¿Cuál es la real "vía chilena" a la modernización? Aquella que nos ha dado los éxitos de haber crecido ininterrumpidamente durante quince años. De haber duplicado el producto en diez. Somos una de las economías más abiertas y desreguladas del mundo, afirman algunos con orgullo. Y muchos han encontrado una expansión de sus oportunidades de emprender, de especializarse y de competir con éxito en dichos mercados. Y tienen razón.

Hemos realizado, no sólo la privatización de la producción de bienes físicos, sino también de muchos bienes y servicios públicos. Cuando algunos países como los europeos luchan con las pesadas cargas del Estado de Bienestar, nosotros hemos realizado el más amplio traspaso conocido en el mundo occidental a la responsabilidad individual en el logro de niveles de seguridad y bienestar. Somos el país que muchos colocan de "modelo" para las economías emergentes.

El problema es de tiempo. La gente quiere "más de lo mismo pero en menos tiempo". Este es el problema político: sostener este proceso y no darle credibilidad a la existencia de malestar. Este podría ser un malestar epocal, pero no existe el malestar empírico. ¿Y que pasaría si existiera? Brunner no se lo plantea. Más aún, en la práctica la subjetividad de la gente estaría siendo bien asumida en esta modernización. El problema es de adaptación.

La otra cara de la "paradoja"

Como dice José Bengoa, pareciera que para algunos el país de las cifras macroeconómicas positivas no siempre marcha al mismo ritmo del país de la vida cotidiana de la gente. Allí se encuentran otras demandas que el mercado no necesariamente satisface. "Lo objetivo y lo subjetivo son dos polos existentes y necesarios. En la conjunción de ambos se encuentra la "ansiada calidad de vida"(36).

La otra cara es una modernización que concentra poder, ingreso y patrimonio, que mantiene desigualdades y que no logra entregar ciudadanía, organización y participación a la gente. La vida de todos los días es tan diferente para quien está en la conducción o dirección de los distintos ámbitos en que se articula el proceso modernizador y para quien debe asumirlo como un hecho de la vida.

En el quehacer cotidiano la modernización mercantilizada, se traduce en una monetarización de la vida de la gente exigida por diversas formas de pagos directos y de "copagos" para alcanzar a obtener servicios sociales básicos como la educación, la salud, la previsión, entre otros. Para muchos eso significa hacer enormes jornadas y esfuerzos en sus vidas laborales. Junto a ellos, muchas mujeres deseosas de entrar al mercado del trabajo para realizarse como personas o para colaborar en el sustento de la economía familiar, tienen pocas oportunidades para dejar a los niños menores al cuidado de personas e instituciones responsables.

Por otro lado, la modernización bajo las exigencias del mercado conlleva la flexibilización de las normas laborales, lo que crea la sensación de

desprotección ante la posibilidad del despido, sobre todo cuando no existe ningún tipo de protección frente al desempleo. Para muchos pequeños y medianos productores, especialmente del mundo rural, el mercado es relativo. Los monopolios o monopsonios determinan las condiciones y precios de sus productos que ellos deben tomar o dejar según lo estipula un contrato de adhesión. Para otros, el mercado globalizado termina discriminándolos por las distorsiones de los precios internacionales. Y, en algunos casos, con poco tiempo y ayuda para reconvertirse. Existen pocas o débiles reglas e instituciones para regular el mercado y proteger a muchos productores ante prácticas desleales.

Resulta vital visualizar esta modernización en la experiencia cotidiana de la gente. Y según el Informe del PNUD, la gente percibe las enormes distancias sociales; las dificultades de asegurar un futuro para sus hijos; no observa que su salud, su vejez y su desempleo tengan algún grado satisfactorio de protección. Los largos desplazamientos diarios en el complejo tráfico urbano, la contaminación, la inseguridad ciudadana, la droga y las dificultades para alcanzar los servicios básicos, hacen que la vida cotidiana sea una pesada carga para muchos chilenos y chilenas. La sociabilidad se ha debilitado. La gente vive más sola y con miedos o temores que afectan su vida y la de su familia.

La gran compensación es el consumo, para lo cual hay que endeudarse y ello, muchas veces, se transforma en otra fuente de sobresalto y tensión. Obviamente que por este camino el malestar acompaña irremediablemente a una modernización así vivida. Para muchos la vida está fuertemente tensionada por las exigencias de acomodarse "al sistema".

Pero, según algunos, una vez que la gente se asimile a él, el malestar tenderá a disminuir. Lo que no podemos es cambiar de ruta, señalan, cuando estamos a medio camino en el proceso de modernización que nos llevará a ser un país desarrollado. Anhele tantas veces proclamado y por primera vez a nuestro alcance. En otras palabras, ello significa aceptar que esta es la vía de modernización. El problema político chileno es sostenerla porque cualquier cambio de rumbo, forma o ritmo sería populismo.

¿No hay cabida, entonces, a buscar formas de gestionar de mejor manera la tensión que afecta a la subjetividad de las personas en el proceso de modernización? Para el sociólogo que Brunner considera el "mas leído e influyente de los actuales sociólogos británicos" Anthony Giddens sí son posibles proyectos de modernización singulares. La razón que entrega es la siguiente: La modernidad siendo distintiva de Occidente, especialmente por dos instituciones, el estado nacional y la producción capitalista sistemática, al "mundializarse" se abre a nuevas concepciones y estrategias derivadas de escenarios no occidentales. "Porque ni la radicalización de la modernidad, ni la mundialización de la vida social son, en ningún sentido procesos acabados. Se pueden dar muchas clases de respuesta cultural a esas instituciones dada la diversidad cultural del mundo en su conjunto" (37). En otras palabras la interacción entre subjetividad (cultura) y modernización puede entregar diversas formas o estrategias de alcanzar la modernidad y la mundialización.

¿Recien ahora nos percatamos de los efectos de la modernización capitalista?

Brunner se pregunta extrañado "como hemos venido a descubrir ahora, recien, que la modernidad capitalista es un sistema de desajustes y asincronías, de

cambios y riesgos, de amenazas e incertidumbres de inseguridades y desprotecciones". Pero, al mismo tiempo afirma con frases recientes de Dahrendorf (1994) que en vez del ideal moderno de una sociedad de ciudadanos autónomos lo que hemos estado creando es una sociedad de seres humanos atemorizados o agresivos.

Más aún, reconoce con Anthony Giddens que la modernidad de fines del siglo XX tiene dos caras: Una muestra la capacidad de las sociedades desarrolladas para generar nuevas oportunidades. La otra, la cara sombría, exhibe los aspectos destructivos del capitalismo: la erosión de las tradiciones, el peligro nuclear, la devastación del medio ambiente, la falta de seguridad y el exceso de riesgos manufacturados por la propia sociedad. Es decir, celebra que Dahrendorf y Giddens sean críticos y revelen dimensiones tan desintegradoras de la modernidad a partir de la experiencia europea. Pero, las reflexiones que muestran los desajustes en la modernización chilena, se descalifican señalando su falta de novedad (38). Ellos merecen ser escuchados, nuestros análisis no.

"¿Alguien en Chile necesita ser recordado de los efectos insegurizantes de la modernización?", se pregunta Brunner. El mismo Giddens se encarga de contestarle. En un reciente artículo (1997) señala que el laborismo inglés necesita urgentemente pensar desde una nueva perspectiva su aproximación a la economía. ¿Por qué razón? Porque estamos viviendo lo que, según él, Michael Mandel denomina "la economía de alto riesgo": La economía de alto riesgo, que refleja condiciones globalizadas, acota Giddens, "es una economía en que la creación de riqueza, la seguridad y la calidad de la vida quedan desacopladas" (lo mismo que plantea el informe del PNUD). Mas aún, "el crecimiento, tal como lo plantea Mandel está alimentado por fuerzas que intensifican la incertidumbre mas que reducirla"(39) (idea nuevamente coincidente con el PNUD) .

Pero Brunner no necesitaba que se le recordaran, ni por Giddens ni por nadie, los "efectos insegurizantes de la modernización". El ya los conocía. Sin embargo, parece no observar lo nuevo de la inseguridad actual en Chile que es una pérdida de las capacidades sociales de acción para enfrentarse a ella.

Digámoslo con claridad. El problema de Brunner es otro. Su preocupación de fondo se expresa en su reiterado temor a que el análisis sobre el "malestar" pueda "incidir en el debate político del día y marcar los rumbos del futuro"(40). En otras palabras, para Brunner el camino está trazado, lo único que hay que hacer es sostenerlo.

Lo curioso es que Giddens sí se abre a la necesidad de explorar caminos o aproximaciones distintas en la forma de la modernización. En el mismo libro que cita Brunner del sociólogo inglés, "Consecuencias de la Modernidad", se lee lo siguiente: "La historia no está de nuestra parte, no posee teleología y no nos proporciona garantías. Pero un elemento esencial de la índole reflexiva de la modernidad, la fuerte naturaleza contrafáctica del pensamiento dirigido-al-futuro, posee implicaciones positivas y negativas, porque a través de él, podemos vislumbrar futuras alternativas cuya sola propagación podría ayudar a que se realizasen. Lo que necesitamos para ello es la creación de modelos de realismo utópico"(41). Giddens se abre a pensar alternativas, sin embargo, como veremos, Brunner considera que estas no son factibles.

¿Es posible un realismo utópico?

Desde mi personal punto de vista, la propuesta del PNUD está impregnada del "realismo utópico" que propone Giddens. Utópico porque el concepto de Desarrollo Humano Sustentable plantea un horizonte normativo que asume el sueño humanista que acompaña la historia del desarrollo y la democracia. Realista, porque nos ayuda a observar los acontecimientos económicos, sociales culturales y políticos y darnos pistas para la acción. De esta confrontación normativa y espacio-temporal (es decir el Chile actual en el mundo) pueden surgir la capacidad política de colocarle rienda a un proceso muy difícil de asir. Sólo un pensamiento reflexivo sobre el pasado con su memoria y nostalgias, con convicción sobre los valores que nos identifican, dirigido al futuro es capaz de vislumbrar alternativas de cambio de sentido y ritmo de la modernización en marcha. Este es el campo privilegiado de la política.

Esto del "realismo utópico" no es una contradicción retórica. Es la ruptura con el conformismo. La política y las sociedades requieren de utopías, es decir de horizontes valóricos que den sentido al desarrollo histórico. El realismo, por su parte, nos señala el camino a seguir por la difícil topografía de este mundo. Para el economicismo y pragmatismo cultural reinante, no hay cabida al rol que juegan los sueños, los anhelos profundos del espíritu humano. Los chilenos y chilenas necesitamos hablar de sueños y de utopías. No de ideologías absolutizadas. Pero para ello necesitamos vencer esa actitud negativa que nos corroe y nos aprisiona como herencia de nuestro pasado reciente. Tenemos temor de tematizar la necesidad y el contenido de nuestros sueños porque, como lo ha señalado Norbert Lechner, algunos de esos sueños terminaron en pesadilla.

Construir propuestas es construir sentido. La capacidad de hacer "promesas realistas" en la perspectiva del Desarrollo Humano, es indispensable para hacer complementaria la modernización con la subjetividad, la legítima diferenciación con la necesaria integración social. (En palabras de Giddens es necesario integrar políticas de vida o de autorealización con políticas emancipatorias, junto a políticas de lo local con políticas de lo global) El "realismo utópico" trata de lo que Blair llama, en la entrevista antes citada, "la tercera vía" es decir "una posición de principios - justicia social, solidaridad, comunidad, democracia, libertad - y darles nueva forma para el nuevo mundo"(42).

Pero, hay quienes no creen que hay espacios a rectificaciones a la modernización en marcha. La respuesta que se da el propio José Joaquín Brunner a la pregunta ¿estamos obligados a terminar construyendo "una sociedad del malestar"? es reveladora de mi diferencia con él.

"Según algunos, (se responde Brunner); sería posible optar por un modelo alternativo de civilización y crear una sociedad fraterna, ecológicamente sustentable, plena de sentido comunitario y valores altruistas. Lo más probable, sin embargo, es que tal salida no sea factible, pues los pueblos no eligen su historia sino que deben hacerla en la adversidad, confrontando condiciones reales que limitan su horizonte de posibilidades. Es probable, continúa Brunner, que estemos destinados a vivir el malestar de la modernidad si queremos conquistar en las circunstancias que nos toca vivir, la oportunidad de transformarnos en un sociedad desarrollada. Tal es la paradoja inscrita en el corazón de la modernidad. Como Fausto, concluye Brunner, el riesgo es perder el alma por un incierto instante de

plenitud"(43).

Desde mi punto de vista, sólo la perspectiva de un "realismo utópico" nos da el horizonte para no caer en el escepticismo. Así podremos relacionar los valores y objetivos deseados con las limitaciones que debemos franquear. De esta manera, en la perspectiva del Desarrollo Humano Sustentable, podremos tener dificultades, limitaciones e incluso fracasos, pero ella siempre nos impulsa a darnos otra oportunidad inspirados en valores trascendentes. Porque me parecería éticamente inaceptable colocar a un país ante "el riesgo de perder el alma por un incierto instante de plenitud".

El Presidente Eduardo Frei Ruiz-Tagle entrega una propuesta acerca de cuál podría ser el contenido de un "realismo utópico" para Chile: Sugiere la tarea de enfrentar desde una perspectiva humanista el proceso de modernización. "No tengamos miedo al cambio" le señaló a la Democracia Cristiana. La invita a encabezar la modernización "para imprimirle una orientación acorde con nuestras convicciones humanistas cristianas". Afirmo el Presidente que se debe "asumir una modernización integral... una modernización inclusiva no excluyente.... una modernización democratizadora que no sólo reduzca las desigualdades sino que posibilite la participación ciudadana.... una modernización libertaria que devuelva poder y espacios de decisión a la gente sobre sus proyectos y estilos de vida... una modernización con carácter nacional que busca en las raíces nacionales los elementos valóricos que permitan el avance de un proceso que no se hace contra la cultura nacional sino en y con ella.... una modernización con sentido ético en una sociedad que fomente la cooperación, la construcción de confianzas, la sensibilidad por los más débiles y que siempre resguarde su profundo sentido de comunidad y familia". Más aún agrega el Presidente "cualquier proyecto que edifique su lógica en una dimensión unilateral, terminará también con resultados defectuosos y deformantes para la persona y su comunidad"(44).

En esta perspectiva se hace explícito el énfasis que a la modernización hay que imprimirle una orientación acorde con nuestras convicciones. Debe hacerse complementaria dicha modernización con la subjetividad de las personas y sus comunidades. No contra ellas.

Por lo tanto, es posible confiar en que, si los chilenos queremos autovalorarnos como parte del proceso cultural de la modernidad, debemos romper la pretensión hegemónica de la ideología reinante. Ella ha querido imponer la idea de que estamos en "el fin de la historia" y que no hay sino un camino, un ritmo y un contenido de la modernización. Esta pretensión llevaría a construir, sobre la base del capitalismo y el mercado, un sistema cerrado. Al decir de Ralf Dahrendorf "si el capitalismo es un sistema, debe ser combatido con la misma intensidad que fue combatido el comunismo. Todos los sistemas significan servidumbre, incluso el sistema "natural" de "una total primacía del mercado" en el cual nadie intenta otra cosa que seguir las reglas del juego descubierto por una misteriosa secta de consejeros económicos"(45).

En palabras de Pierre Rosanvallon habríamos pasado "de una visión marxista del determinismo económico a una concepción liberal de la primacía de la economía. Pero tanto una como la otra tienen por efecto enmascarar las finalidades, eximirnos de interrogarnos sobre el sentido"(46).

La clave de la modernidad es la reflexividad de los sujetos y su capacidad

crítica, su impulso al cambio, su igualdad esencial su afirmación de la libertad formal y real para todos y en el espacio que la libertad nos brinda, generar las conversaciones y debates que permitan persuadir y acordar. "El dilema que vivimos no es si más o menos cambios. Es qué tipo de cambio y en qué dirección"(47). Conducir ese cambio será uno de los principales dilemas de nuestro futuro político.

Notas

*Como consultor del PNUD, me correspondió ser el coordinador responsable del Informe de Desarrollo Humano de Chile 1998. Reitero, sin embargo, que estas notas son reflexiones hechas a título estrictamente personal.

(1) Anthony Giddens, Modernidad e identidad del yo. Península. Barcelona. 1997, p. 32.

(2) José Joaquín Brunner. Bienvenidos a la Modernidad. Planeta. Santiago. 1994, p. 54.

(3) Eduardo Frei R-T. Mensaje de S.E. al Congreso Nacional. 21 de Mayo de 1995.

(4) José Bengoa. La comunidad perdida. Ediciones SUR. Santiago. 1996, p. 23.

(5) José Bengoa. Op. cit. p. 46.

(6) Guillermo Campero. Mas alla del individualismo: la buena sociedad y la participación. En *Construyendo Opciones* Ed. René Cortazar y Joaquín Vial. CIEPLAN-DOLMEN. Santiago. 1998, p. 412.

(7) Eduardo Aninat. Diario La Nación. Agosto de 1997.

(8) Alejandro Foxley. Chile en la nueva etapa. Repensando el país desde los ciudadanos.

DOLMEN. Santiago. 1997. P. 28.

(9) Carlos Huneeus. El Malestar Ciudadano y sus Causas Económicas. Revista Capital. N° 25, julio de 1998, ps. 136-142.

(10) Carlos Catalán y Jorge Manzi. Los cambios en la opinión pública. En *Chile en los noventa*. Ed. Cristián Toloza y Eugenio Lahera. Presidencia de la República - Dolmen. Santiago. 1998, p.555.

(11) Carlos Catalán y Jorge Manzi. Op.cit. p.555.

(12) Tomás Moulian. *Chile, anatomía de un mito*, LOM, 1997, p. 145.

(13) Anthony Giddens, Consecuencias de la Modernidad, ps. 148 y 149.

(14) Idem, Op cit. P. 48.

(15) Ibidem Op cit Ps. 66 y 67.

(16) José Joaquín Brunner. Malestar en la sociedad chilena. ¿De qué, exactamente estamos hablando? Mimeografiado. Santiago. Junio de 1998

(17) José Joaquín Brunner, op. cit. p. 196.

(18) Ulrich Beck. *The anthropological shock: Chernobyl and the contours of the risk society*. Berkley journal of sociology. 32. Citado por Anthony Giddens en *Consecuencias de la Modernidad*. 1987. Op cit. P. 116.

(19) José Bengoa. Op. cit. p. 48.

(20) Philippe Braud. *El jardín de las delicias democráticas*. 1993, Fondo de Cultura Económica de Argentina.

(21) Rober D. Putnam. Making Democracy Work. Civic Traditions in Modern Italy. Princeton. 1993. Ver también del mismo autor, Bowling Alone: Americanís declining social capital. Journal of Democracy. January 1995 y The Strange Disappearance of Civic America. The American Prospect N°24. Winter 1996.

(22) José Joaquín Brunner. Op. cit. P. 54.

(23) PNUD. Informe de Desarrollo Humano Chile 1996.

(24) Juan Pablo II. Centesimus Annus N° 40.

(25) Tony Blair. El Mercurio, 16 de Mayo de 1998.

(26) Pierre Rosanvallon y J.O. Fitoussi. La nueva era de las desigualdades. Editorial Manantial, Buenos Aires.1997.

(27) Alain Touraine. El País. Madrid. Diciembre, 10 de 1997.

(28) Niklas Luhmann. Teoría Política en el Estado de Bienestar. Alianza Universidad. Madrid. 1994, pp. 31-34

(29) Fundación Konrad Adenauer. Seguridad Social y Economía Social de Mercado. Buenos Aires. 1995, p. 78.

- (30) Citado de A.Foxley: Op cit. P. 105.
- (31) Alejandro Foxley. Op. cit. p. 95.
- (32) Eric Hobsbawn. Historia del Siglo XX. Grijalbo Mondadori. Barcelona. 1995
- (33) José Joaquín Brunner. Mimeografiado. ¡Malestar en Chile: ¿De qué exactamente estamos hablando?¡ p. 16.
- (34) Idem pag2 cita de Marshal Bergman ¡Todo lo solido se desvanece en el aire!.
- (35) Ibidem ,ps. 3-6.
- (36) José Bengoa. Op. cit. p. 25.
- (37) A. Giddens, Consecuencias de la Modernidad Pag.163. Alianza Universidad. Madrid, 1994.
- (38) José Joaquín Brunner. Mimeografiado. ps.1-2.
- (39)Anthony Giddens,¿Que es el centro-izquierda? En Debates.1997 p. 8.
- (40) José Joaquín Brunner. Mimeografiado. p. 2.
- (41) Anthony Giddens. Consecuencias de la Modernidad. Alianza Universidad. Madrid. 1994, p. 145.
- (42) Tony Blair. El Mercurio 16 de Mayo de 1998
- (43) José Joaquín Brunner. op.cit. p. 55.
- (44) Eduardo Frei R-T. Discurso de S.E. el Presidente de la República ante la Junta Nacional de la Democracia Cristiana. Santiago. 11 de Enero de 1997
- (45) Ralf Dahrendorf. Reflexiones sobre la revolución en Europa. Emecé Editores. Barcelona.1991, p.51.
- (46) Pierre Rosanvallon y J.P Fitoussi. op. cit. p. 126.
- (47) Alejandro Foxley. op.cit. p. 95.

Santiago, Julio de 1998